

ISBN 978-987-702-686-3

LOS OLVIDADOS

EL PENSAMIENTO POLÍTICO CONTEMPORÁNEO EN LOS BORDES DEL CANON

Mariana Berdondini y Gastón Souroujon
COMPILADORES



Berdondini, Mariana

Los olvidados : el pensamiento político contemporáneo en los bordes del canon / Mariana Berdondini ; Gastón Souroujon ; Compilación de Mariana Berdondini ; Gastón Souroujon. - 1a ed. - Rosario : UNR Editora, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-702-686-3

I. Ciencia Política. I. Souroujon, Gastón II. Berdondini, Mariana, comp. III. Souroujon, Gastón , comp. IV. Título.
CDD 320

DISEÑO DE TAPA, EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

Eugenia Reboiro

eugenia.reboiro@gmail.com



ÍNDICE

Presentación Mariana Berdondini - Gastón Souroujon	5
Georges Sorel: el socialismo como voluntad y representación Javier Franzé	9
Marianne Weber y la vida activa Luciano Noretto	26
Marcel Mauss (1872-1950). Una luna pálida en el firmamento de la razón política Esteban Domínguez Di Vincenzo	41
Parte de la religión. Jacques Maritain y la renovación humanista católica Martín Vicente	65
Karl Polanyi y la utopía del mercado Osvaldo Iazzetta	85
Harold Laski: teórico del estado, pensador de la libertad Ricardo Laleff Ilieff	102
¿Regreso a Nunca Jamás? Julius Evola y el “Estado Tradicional” Matías Grinchpun	126
Günther Anders: Un mundo último Beatriz Porcel	144
El arraigo de la voluntad: acción y pensamiento en Simone Weil Lisa Cavanagh - Lucía Vinuesa	163
Russell Kirk y la resurrección conservadora Fabricio Castro	180
Claude Lefort: la democracia, la política, lo uno, o de cómo pensar la antipolítica Mariana Cané Pastorutti	198

Libertad hasta que duela. Murray Rothbard y la lucha contra la igualdad Sergio Daniel Morresi	218
Liberalismo del miedo y la sensibilidad social: la teoría política de Judith Shklar Gabriela Rodríguez Rial - Mirna Lucaccini	243
Michael Walzer y la política del pluralismo Fernando Manuel Suárez	261
Alasdair Macintyre y la utopía de la reinención de la polis Mónica Billoni	281
Carole Pateman y la teoría política feminista Camila Arbuét Osuna	298
Alain de Benoist, l'enfant terrible de la nouvelle droite Gastón Souroujon	319
Roger Scruton: filosofía del apego para una sociedad de extraños Esteban Iglesias	340
Emociones políticas e imaginación pública: moral, justicia y política en la filosofía de Martha Nussbaum Beatriz Dávila	354
Peter Sloterdijk, implicancias políticas de un pensador cínico Esteban Kaipl	376
Hans-Hermann Hoppe: el paleolibertarismo contra el estado y la democracia Matías L. Saidel	398
Michael Sandel y la filosofía pública como norte para la buena vida Alejandro Gunsberg	419
Wendy Brown, crítica y crisis de la posmodernidad Mariana Berdondini - María Betania Parodi	435
La cuarta teoría política de Aleksandr Dugin: orden posoccidental y neoeuroasianismo Gisela Pereyra Doval	455

HANS-HERMANN HOPPE: EL PALEOLIBERTARISMO CONTRA EL ESTADO Y LA DEMOCRACIA

Matías L. Saidel
(UNER, CONICET)

Hans-Hermann Hoppe nació en Peine, en la entonces República Federal de Alemania en 1949. Sus padres habían sido desplazados de Alemania Oriental por los soviéticos y mantuvo lazos con su familia "oriental" durante su infancia. Estudió Filosofía, Economía e Historia en la Universidad del Sarre en Saarbrücken. Obtuvo su Doctorado en Filosofía en el año 1974 por la Universidad Goethe de Frankfurt (con la supervisión de Jürgen Habermas) y su habilitación en Economía y Sociología en 1981 en la misma casa de estudios. Entre 1976 y 1978, realizó un posdoctorado en la Universidad de Michigan, en Ann Arbor. Enseñó en varias universidades en Alemania, y en el Centro de Bolonia de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad Johns Hopkins en Bolonia, Italia. En 1985 se mudó a Estados Unidos para trabajar con Murray Rothbard, primero en Nueva York y luego, desde 1986, en la Universidad de Nevada, Las Vegas (UNLV), en el Centro para el Estudio de la Libertad y el Capitalismo. Mantuvo una estrecha amistad y colaboración con su mentor, hasta la muerte de este en enero de 1995. Posteriormente prologó el libro de Rothbard, *La ética de la libertad*. Trabajó en la UNLV hasta 2008, cuando se jubiló, convirtiéndose en ese lapso en un referente de la Escuela Austríaca de Economía. En la actualidad, Hoppe es profesor emérito de

Economía en la UNLV y miembro distinguido del Instituto Ludwig von Mises. Fue editor del *Journal of Libertarian Studies* (2005-2009) y en 2006 fundó la *Property and Freedom Society*. Desde su jubilación, reside en Turquía, donde sigue dirigiendo su Fundación y promoviendo las ideas anarcocapitalistas.

Hoppe ha sido autor de numerosos libros y artículos. Algunos de ellos han sido traducidos al español por el Instituto Mises y Unión Editorial. Si bien sus aportes filosóficos y epistemológicos han sido muy importantes para renovar el pensamiento austríaco, su best-seller y quizás el más importante para la teoría política actual ha sido *Democracy: the god that failed* (2001), traducido como *Monarquía, Democracia y Orden Natural* (Mises-Unión editorial, 2020). También se han publicado en español libros como *Economía y ética de la propiedad privada* (Unión, 1993), *Progreso y declive. Una breve historia de la humanidad* (Unión, 2022); *La ciencia económica y el método austríaco*, (Unión, 1995); *Economía, sociedad e historia* (Unión, 2022); *El mito de la defensa nacional* (Unión, 2003); *Libertad o socialismo* (Universidad San Francisco de Quito, 2009) y *Entendiendo correctamente el libertarismo* (Mises, 2018).

A lo largo de su trabajo, Hoppe hace uso de la ética de la argumentación inspirada en Jürgen Habermas y Karl-Otto Apel para su defensa apriorística del derecho de auto-poseción y de la propiedad privada, inscribiéndola en la praxeología de Mises y haciéndola dialogar con la filosofía política (paleo)libertaria de Rothbard.¹ A pesar de reconocer los aportes teóricos y epistemológicos de libros como *Conocimiento e Interés* y la distinción entre los métodos para el estudio de la acción comunicativa e instrumental, Hoppe se aleja de Habermas a fines de los '70 y en la actualidad considera que su influencia ha sido nefasta, ya que, como “sumo sacerdote de la corrección histórica y política, de la democracia social y de la centralización política” habría contribuido al “gradual pero constante movimiento de Alemania hacia la izquierda, tanto económica como culturalmente” (Hoppe, 2020b).

Al igual que su maestro, Murray Rothbard, Hoppe ha sido un autor controvertido a lo largo de su carrera y ha considerado las reacciones adversas a sus ejemplos que involucran a homosexuales o inmigrantes como sintomáticos de la “corrección política” y de la victimología imperante. Por ejemplo, en 2004 señaló en algunas clases y conferencias que, dado que no tienen hijos, los niños, ancianos y homosexuales tienen una alta preferencia temporal -es decir, prefieren el consumo al ahorro o inversión de largo plazo-. Respecto de los homosexuales señaló que “tienen preferencias temporales más altas, porque la vida termina cuando mueren” (Chronicle, 2005). Tras las quejas

¹ En este capítulo usamos “libertario” como sinónimo de “libertariano” (*Libertarian* en inglés).

de algunos estudiantes, Hoppe recibió en 2005 una advertencia de la UNLV solicitándole que se base en evidencias y no en opiniones. Sin embargo, más allá de su gusto por la provocación, veremos que muchos de sus argumentos son apriorísticos y, en ese marco, no podrían ser refutados por la experiencia.

1. La relevancia de Hoppe para la teoría política actual

Proponer a Hans-Hermann Hoppe como un autor olvidado de la teoría política puede ser considerado un ejercicio polémico por varias razones. En primer lugar, porque no es un teórico político stricto sensu, sino que se trata de un autor interdisciplinario que cumple con el requisito de estar fuera del canon, excepto para los círculos (paleo) libertarios y anarcocapitalistas que hoy están en auge. De hecho, mientras algunos consideran a Hoppe como el mayor pensador libertario vivo, los libertarios “progresistas” lo critican fuertemente. Segundo, porque, aunque Hoppe reconoce la importancia de la filosofía política en su búsqueda del orden social que considera justo, subordina la política a la ética, la economía y la epistemología, que se fundan en la praxeología como ciencia a priori de la acción humana.² En tercer lugar, porque apunta sus cañones contra las instituciones de la democracia liberal y republicana que hasta hace poco parecían gozar de un amplio consenso filosófico, político y social en Occidente.

Precisamente esto hace más urgente conocer y tomar en serio sus propuestas en un país como Argentina, cuyo presidente ha citado a Hoppe (junto con el teorema de imposibilidad de Arrow) para decir implícitamente por qué no cree en la democracia, incluso como presidente electo mediante voto popular.³ De hecho, al igual que Rothbard, quien es idolatrado por el presidente argentino, Hoppe es un autor fundamental para comprender el pensamiento paleolibertario en general y el de Milei en particular, quien comparte con el alemán su rechazo de la democracia, su defensa de la intolerancia y de la meritocracia frente al igualitarismo, su antiestatismo, su conservadurismo, su ataque a la corrección política y a la justicia social, y la subordinación de la libertad y de cualquier norma a la defensa de la propiedad privada.⁴

2 Como se sabe, la praxeología fue originalmente propuesta por Mises (1980) como ciencia de la acción humana.

3 Entrevista con Alejandro Fantino en Neura, 8/4/2024. <https://www.youtube.com/watch?v=LkmaE3spGKw>

4 Si bien la mayoría de estos tópicos se encuentran en Rothbard, Hoppe los radicaliza y les da un nuevo fundamento epistemológico que pretende ser irrefutable.

En efecto, como veremos a lo largo de estas páginas, el alemán ofrecerá razones éticas, económicas y políticas para expresar un rechazo a la democracia como un tipo de régimen de propiedad pública que llevaría, por sus propias características, al gasto desbocado, la ineficiencia y la degeneración moral. Esa crítica debe ser situada, a su vez, dentro de su crítica al Estado como organización criminal, basada en la violencia y el robo, que tiene una larga trayectoria en el pensamiento anarcocapitalista. Con una síntesis de la teoría de la argumentación de Apel y Habermas, la praxeología de Mises y la ética de Rothbard, Hoppe busca demoler el edificio teórico y el “mito” del Leviatán moderno para proponer una *sociedad de derecho privado* u *orden natural* regidos por contratos voluntarios entre individuos libres, donde incluso la seguridad, la defensa y la justicia deberán ser provistas por agencias privadas. En tal sociedad, el único derecho humano y el arquitrabe de la organización social es la propiedad privada, la cual es fundamentada filosóficamente ya no en el derecho natural –como en Rothbard– sino en la praxeología y en la ética de la argumentación.

2. Fundamentación apriorística de la propiedad privada y rechazo al Estado

Hans-Hermann Hoppe busca fundamentar el anarcocapitalismo y el principio de no agresión que lo sostiene desde la praxeología y la ética de la argumentación para resolver conflictos acerca de bienes escasos de manera pacífica. Brevemente, la praxeología parte del *axioma de la acción*, el cual, según Hoppe, establece que los individuos actúan intencionalmente para alcanzar fines sobre la base de sus propias preferencias, guiados por valores e intereses subjetivos, empleando medios escasos. En ese sentido, al hacer una elección determinada renuncian a fines alternativos, es decir, soportan un coste y buscan obtener un beneficio. Las acciones se desarrollan necesariamente en el tiempo, es decir, secuencialmente; y en ellas opera el principio de causalidad. Estas categorías de acción también son *a priori* y necesarias (Vernaglione, 2009).

Junto a este axioma de la acción, Hoppe introduce el *a priori de la argumentación*, inspirado en el pensamiento de Karl-Otto Apel. Este axioma afirma que toda cuestión relativa a lo que es justo o injusto, verdadero o falso, válido o inválido, surge y sólo es decidible si los individuos pueden intercambiar afirmaciones. Para el autor, la argumentación busca superar el desacuerdo inicial y cambiar creencias o acciones. Esta puede referirse a hechos o a normas. En el primer caso, se origina en un desacuerdo y busca “resolver este desacuerdo e influir en un cambio para mejor en las creencias fácticas de uno con el fin de hacer que las acciones motivadas por estas sean más

exitosas en el futuro". En cambio, la argumentación sobre normas se origina en el conflicto, por lo que busca "resolver este conflicto e influir en un cambio en el sistema de valores de uno con el fin de evadir mejor los futuros conflictos" (Hoppe, 2016).

Aplicado al ámbito normativo, Hoppe utiliza estos axiomas para demostrar un primer principio que es el derecho exclusivo a controlar el propio cuerpo. En efecto, *argumentar* es una forma de acción que implica el uso de un recurso escaso como es el cuerpo de cada individuo y, al mismo tiempo, supone necesariamente que el interlocutor posee el derecho exclusivo sobre su propio cuerpo. Nadie podría proponer nada, ni convencerse de nada, si no asumiera que el cuerpo es de su propiedad privada. Se puede discrepar sobre la validez de una afirmación concreta, pero uno acepta discrepar porque reconoce al otro el control sobre sus ideas, es decir, la propiedad de sí mismo. Este reconocimiento mutuo es el carácter distintivo de los intercambios dialécticos. En ese sentido, la argumentación es lo contrario de la agresión. Quien elige la argumentación acepta las normas de la civilización, que ordenan evitar la iniciación de la violencia. Una vez aceptadas esas normas, argumentar a favor del uso de la fuerza implicaría una contradicción lógica. En suma, "quien rechaza el principio libertario de no agresión también necesariamente rechaza las normas del discurso racional. Quien afirme aceptar estas normas también debe aceptar el principio de no agresión" (Gabb apud, Hoppe, 2018). Este principio sostiene que "Nadie tiene derecho a agredir el cuerpo de otra persona y, por tanto, a limitar o restringir el control que tiene sobre su propio cuerpo". Donde «agresión» se define como la iniciación de violencia física o la amenaza de violencia física contra un individuo -o sus bienes-, sin su consentimiento.

En ese marco, Hoppe busca demostrar la necesidad del derecho de propiedad sobre bienes físicos, sin dueño, obtenidos con los propios recursos, pues si nadie tuviera derecho a adquirir nada más que su propio cuerpo, todos los individuos dejarían de existir. Nuestra existencia dependería de la posibilidad de poseer bienes. Por lo tanto, debemos suponer la existencia del derecho de propiedad sobre los bienes (Vernaglione, 2009, p. 12).⁵ Este derecho se funda en el principio lockeano de apropiación originaria, según el cual cada propietario de sí mismo y de su cuerpo puede transformar la naturaleza mediante su trabajo y así tener derecho a sus productos. A partir de allí, "la propiedad sobre esos lugares y bienes sólo puede ser adquirida mediante una transferencia voluntaria -contractual- del título de propiedad del propietario origina-

⁵ Cabría dudar de esta afirmación, puesto que lo necesario para la vida puede ser el consumo y el uso más que la posesión o la propiedad exclusiva. De hecho, es conocido el reclamo franciscano en el siglo XIII del *usus pauper* y de *vivere sine proprio* frente a la alternativa exclusiva entre propiedad y consumo que reconocía la Iglesia.

rio al otro" (Hoppe, 2009, p. 18). Esto evitaría los conflictos entre las personas, que se originan en la escasez.

Sólo la propiedad privada hace posible evitar conflictos que de otra manera son inevitables; y sólo el principio de adquisición de la propiedad por acción de la apropiación original, realizada por individuos específicos, en tiempos y ubicaciones específicas, han hecho posible evitar conflictos desde el principio de la humanidad. (Hoppe, 2009, p. 36)

Desde esta perspectiva, cualquier bien escaso debe ser propiedad de alguien, lo cual es un modo de evitar asimismo la "tragedia de los comunes".⁶ En ese sentido, mientras no haya acciones que infrinjan la propiedad privada de los demás, no debería haber conflicto. En ese marco, el poseedor actual del bien en cuestión se considera su dueño legítimo a menos que se demuestre lo contrario. En ese sentido, una vez establecido el derecho de propiedad sobre un bien determinado, la transferencia de la propiedad siempre debe ser por consentimiento: venta, herencia o donación.

Ahora bien, ¿qué sucede en el caso de la propiedad pública? Hoppe considera que el Estado solamente puede poseer propiedad a partir de la expropiación de las tierras o bienes previamente privados. La propiedad estatal sería siempre ilegítima, pues derivaría de la coacción, y debería ser restituida a los poseedores de su último título razonable o, en su defecto, a la comunidad que la viene sosteniendo con sus impuestos o su trabajo. En ese sentido, de la ética de la argumentación y de la propiedad privada, Hoppe deriva una crítica radical al Estado y a su rol fiscal, ya que los impuestos también serían obtenidos de manera coactiva, expropiando a los propietarios privados:

(...) además de dejar afuera como injustificadas actividades como el asesinato, el homicidio, la violación, el ingreso ilegal, el robo, el asalto, el hurto, y el fraude, la ética de la propiedad privada también es incompatible con la existencia de un Estado definido como una agencia que posee el monopolio territorial com-

⁶ Este concepto fue desarrollado por Garrett Hardin (1968) para referirse a la situación en la cual no hay derechos de propiedad definidos y, por lo tanto, los beneficios se privatizan mientras los costos se externalizan. La tragedia radicaría en que de esa manera los recursos naturales comunes (como los peces, las selvas, etc.) son llevados al agotamiento y se extiende la contaminación ambiental porque uno puede verter sus desechos a los bienes sin propietarios como el aire, el mar o los ríos. El ecologismo de libre mercado propone que todos los recursos naturales deben ser privatizados, de lo contrario los costos de las externalidades negativas son asumidos por todos. En esa línea, Milei sostuvo en su campaña electoral que la contaminación de los ríos se debía a que no había un propietario privado de los mismos.

pulsivo de la toma definitiva de decisiones (jurisdicción) y/o el derecho a cobrar impuestos. (Hoppe, 2009, p. 23)

Como vemos, la propiedad privada no sería un derecho positivo garantizado por el Estado sino una institución natural que el Estado viene a poner bajo su yugo y al que amenaza permanentemente.⁷ El derecho privado existiría siempre y en todo lugar, mientras que el derecho público se le superpondría de manera arbitraria. Nada justificaría que una agencia como el Estado monopolice la soberanía, la justicia y el cobro de impuestos, poniendo un precio arbitrario a sus propios servicios y además siendo juez y parte. A diferencia de lo que supone la teoría hobbesiana, nadie en su sano juicio firmaría semejante contrato ni tampoco se puede confiar al Estado el cuidado de la propiedad privada, pues sería como poner al zorro a cuidar a las gallinas. "Ningún Estado puede levantarse contractualmente, y por consiguiente se puede demostrar que ningún Estado es compatible con la protección legítima y efectiva de la propiedad privada" (Hoppe, 2009, p. 25).

Por el contrario, el arbitraje privado sería siempre más eficiente y barato para resolver conflictos, mientras que el Estado los tendería a exacerbar. La provisión privada de seguridad y la posibilidad de autodefensa serían una mejor protección frente al crimen.

Aún si, como algunos estatistas –liberales clásicos– han propuesto, un gobierno con sus actividades limitadas exclusivamente a la protección de derechos de propiedad preexistentes, surgiría la cuestión de cuánta seguridad producir. Motivado (como todos) por el interés personal y la fatiga del trabajo, pero con el único poder de cobrar impuestos, la respuesta de un funcionario del Gobierno será invariablemente la misma: Maximizar los gastos en protección (...) y al mismo tiempo minimizar la producción de la protección (...) Además, un monopolio judicial llevará inevitablemente a un constante deterioro de la calidad de la justicia y la protección. Si nadie puede apelar a la justicia excepto la del Gobierno, la justicia será pervertida a favor del Gobierno, incluyendo las constituciones y las cortes supremas. (Hoppe, 2009, p. 26-27)

⁷ "En la práctica, con el establecimiento de un monopolio judicial, toda propiedad privada se convierte esencialmente en propiedad fiduciaria, es decir, propiedad privada otorgada por el estado. La propiedad privada solo es privada y está bajo control privado provisionalmente, es decir, solo hasta que alguna ley o regulación hecha por el Estado decida lo contrario, creando un ambiente de permanente incertidumbre legal y causando un aumento en la tasa social de preferencia temporal" (2018, p. 31)

Dado que el Estado viene después que los propietarios privados, el cobrador de impuestos no tendría ningún argumento legítimo para reclamarle al pagador más allá de la amenaza de coacción:

el cobrador de impuestos, para justificar argumentativamente su reclamo a cualquiera de las posesiones actuales del gravado, tendría que demostrar que él dispone de un contrato de deuda previo o alguna suerte de contrato de renta que justificaría su reclamo actual por cualquiera de las posesiones actuales de su oponente. Y si él no proveyera o no pudiera proveer ninguna evidencia —y por supuesto, ningún cobrador de impuestos pudo jamás—, entonces él tendría que renunciar a su petición. Y si no hiciera eso, sino que en cambio insistiera en el pago, su intercambio verbal con el gravado tampoco calificaría como una genuina argumentación, sino sólo como un juicio simulado, y sería el cobrador de impuestos quien era un criminal. (Hoppe, 2016)

Como veremos, el establecimiento de la propiedad privada como piedra basal de la vida social supondría que no puede haber leyes antidiscriminación, porque atentan contra el derecho de exclusión inherente al concepto de propiedad y contra la libertad de asociarse con quien uno desee y rechazar asociarse con quien no se desea. Al mismo tiempo, esto supone que no hay ningún derecho a invadir terceros países o conducir guerras de agresión. Tampoco debería haber política de fronteras abiertas porque toda inmigración debe ser por invitación y cubrir el costo total que la misma representa, pues de lo contrario, son los dueños del país quienes deben asumir contra su voluntad los costos de mantener con vida al invitado.

De allí, la crítica de Hoppe tanto al liberalismo clásico, como a la democracia. Respecto del primero, como vimos, Hoppe sostiene que incluso un Estado mínimo viola la propiedad privada -y por lo tanto el principio de no agresión- a través del cobro de impuestos y que, además, al monopolizar funciones como la justicia, la defensa y la seguridad, brinda servicios que serían provistos de manera más eficiente y a menor costo por agencias privadas contratadas libremente. Respecto de la democracia, como veremos luego, sostendrá que conduce necesariamente a la tiranía de las mayorías y a la violación sistemática de la propiedad privada, ya que es un sistema inherentemente colectivista, que lleva a la expansión constante del poder estatal mediante intervenciones redistributivas que se financian con impuestos cada vez más altos y emisión monetaria, produciendo una expropiación permanente de los propietarios para beneficiar a las clases “parasitarias”. En ese sentido, liberalismo y democracia

irían en contra de lo que la praxeología y la ética de la argumentación demuestran como principios lógicos necesarios para la vida humana y la coexistencia pacífica (propiedad de sí, propiedad privada, no agresión).

3. El libertarismo como superación del liberalismo clásico

Si bien el libertarianismo surgido en la segunda mitad del siglo XX se reconoce en la tradición del liberalismo clásico, este no habría podido limitar el crecimiento del estatismo. Por eso, Hoppe propone un sistema anarcocapitalista en el que un conjunto de agencias privadas proporcione los servicios de seguridad, defensa y justicia. Además, revisa críticamente la historia política del mundo occidental explicando la evolución de la monarquía a la democracia como un proceso de agravación del estatismo que ha empeorado los problemas sociales. Ambos sistemas, no obstante, adolecen de graves defectos que solo pueden solucionarse a través de la defensa de un Orden Natural basado en la libertad y la propiedad privada.

Siguiendo a Rothbard, Hoppe sostiene que el Estado no agota lo político: mientras el gobierno, como “mando jurídicamente institucionalizado” es una realidad eterna, el Estado es accesorio. Además, el Estado es la fuente de la mayoría de los males que aquejan a la sociedad. También sigue al economista belga del siglo XIX Gustave de Molinari a la hora de señalar que la libertad de trabajo y de intercambios siempre serán beneficiosos para el consumidor cuyo interés debe ser siempre priorizado.⁸ Al mismo tiempo señala que no hay bienes públicos en cuanto tales y que estos se imponen al consumidor, privándolo de su libertad de elección.

Desde el punto de vista del consumidor [...], el valor de los bienes públicos es relativamente más bajo que el de los bienes privados que con ellos compiten porque si uno le dejase la elección a los consumidores (y no se les hubiese impuesto cierta alternativa), evidentemente preferirían gastar su dinero de forma diferente (si no, no haría falta emplear la fuerza). Eso demuestra sin el más mínimo margen de duda que los recursos usados para financiar los bienes públicos son malgastados porque proveen a los consumidores con bienes o servicios que como mucho son de importancia secundaria. (Hoppe, 1993, p. 24)

⁸ Para Mises la soberanía del consumidor representaba una verdadera democracia donde cada centavo es un voto con influencia, frente a la democracia política.

Siguiendo a Molinari, Hoppe concluye que, por el bien de los consumidores, todos los bienes y servicios deben ser provistos por el mercado (Ibíd, p. 31). Si bien esto se asemeja al planteo de Mises, Hoppe considera que las posiciones minarquistas y el liberalismo clásico siguen prisioneras del mito del Leviatán, que su concepción anarcocapitalista viene a desmontar. Si el sistema social se basa en el principio de no agresión, entonces el Estado, como agencia monopólica que determina sus propios ingresos de forma unilateral y los obtiene de manera coactiva, no puede existir. Por eso, Hoppe señala una contradicción insalvable en el liberalismo clásico, representado en el siglo XX por Mises:

O bien el principio de no agresión es válido, en cuyo caso el Estado como entidad monopolística privilegiada representaría una instancia inmoral, o bien los negocios erigidos por medio de la agresión—el uso de la fuerza y de medios no contractuales para adquirir recursos—son válidos, en cuyo caso uno debe desear la primera noción. Es imposible mantener ambas afirmaciones sin acabar en contradicción. (Hoppe, 1993, p. 33-34)

Como vemos, uno de los aspectos en los que difiere este anarcoliberalismo del liberalismo clásico es que el primero no acepta ni siquiera el Estado *vellieur de nuit*, que provea justicia, seguridad y defensa, pues estas funciones serían provistas de manera más eficiente por agentes privados contratados voluntariamente por los interesados. Como vimos, estas funciones serían ineficientes cuando las provee un monopolista que determina el precio de lo que gasta y además tiene acceso a financiamiento ilimitado a través de impuestos o emisión monetaria. Un ejemplo sería el de la seguridad provista por la policía. Esta no tendría incentivos para erradicar el crimen, puesto que, de hacerlo, la policía tendría cada vez menos funciones y presupuesto. En ese sentido, no es casual que se persigan delitos menores y crímenes sin víctimas como el consumo de drogas cuando grandes delitos quedan impunes. Mientras el gasto en seguridad crece de manera constante, lo mismo sucede con la incidencia de la criminalidad. Hoppe explica esta situación recurriendo nuevamente a Molinari:

Si (...) el consumidor no es libre de comprar la seguridad pública como le plazca, con ello se abre la puerta a una profesión dedicada a la arbitrariedad y a la mala gestión. La justicia se convierte en lenta y costosa, la policía en vejatoria, la libertad individual deja de respetarse, el precio de la seguridad se infla de modo abusivo y se reparte mal la justicia, según el poder o influencia de esta o aquella clase de consumidores. (1993, p. 33)

En cambio, si se permitiese la competencia entre agencias de seguridad, cada consumidor sería libre de contratar los servicios que desee y de cambiar de agencia en caso de que la contratada no cumpla con sus obligaciones. La seguridad dejaría de estar sujeta a la capacidad de presión de distintos lobbies y de ofrecer un servicio uniforme, para responder a demandas diversas.

Dado que el Estado no puede cumplir de manera justa ni eficiente ni siquiera las funciones que el liberalismo clásico le había asignado, para Hoppe es fundamental el derecho de secesión. Esto implica separarse de los Estados nacionales como así también de todas aquellas personas con las que no se quiere convivir para formar comunidades en las que se compartan los mismos valores.⁹ Todo lo contrario de lo que sucede en las democracias actuales, donde impera la “integración forzosa”.

4. Crítica a la democracia y propuesta de una sociedad de derecho privado

Si bien su utopía es la de una sociedad sin Estado, Hoppe considera a la monarquía un mal menor respecto de la democracia. Para clasificar las formas de gobierno, lo decisivo sería si la titularidad es pública o privada. En el caso de las democracias, la titularidad es pública. En el caso de las monarquías, sería privada. Esto se corresponde con una preferencia temporal que es inversamente proporcional. Una monarquía, en tanto gobierno de propiedad privada, tiene una baja preferencia temporal. El monarca puede considerar al reino como una posesión suya y de sus herederos, por lo cual mirará a largo plazo. Ello lo llevaría a no aumentar la presión fiscal, que empobrece y descapitaliza a sus súbditos y, por ende, a su Reino. Por el contrario, en las democracias, los políticos y funcionarios ocupan sus cargos de manera temporal, por lo que tendrían incentivos para gastar y apropiarse lo más rápidamente posible del dinero público. A su vez, esta tentación de gastar lo máximo posible en el menor tiempo posible los lleva a aumentar la intervención y los impuestos de manera constante o a recurrir a la emisión monetaria, mecanismos ambos que resultarían en un empobrecimiento de los ciudadanos a favor del Estado y de la clase dirigente, que goza de privilegios ligados a sus funciones (Hoppe, 2009, p. 40).

En efecto, Hoppe retoma la crítica a los impuestos esgrimida por Jean-Baptiste Say en el siglo XIX, y señala que los impuestos son “medios de destrucción de la propiedad y

⁹ Como muestra Slobodian (2023), al sueño de un mundo sin fronteras para el capital con el que soñó el neoliberalismo en sus orígenes, se le superpone un proyecto de agujerear la soberanía nacional desde abajo, con zonas económicas especiales y con el proyecto paleolibertario de formar microestados racial o culturalmente homogéneos.

formación de la riqueza". La existencia de impuestos y su aumento constante serían un desincentivo para la producción y el ahorro: "al transferir de forma coactiva los activos aún no consumidos a partir del productor (en el sentido amplio del término incluyendo apropiadores y contratantes) a gente que no los ha producido, los impuestos reducen los ingresos presentes de los productores y su capacidad de consumo" (1993, p. 47). Los impuestos serían un robo, un modo de enriquecerse por medios "políticos" (coactivos) en detrimento de los "económicos" (voluntarios), siguiendo con la distinción de Franz Oppenheimer (1908). Por ello, los impuestos reducirían la producción y el nivel de vida de los consumidores, generando un empobrecimiento relativo.

En este nuevo escenario, el Estado consigue legitimar sus intervenciones a través de políticas redistributivas. La población acepta la explotación estatal a cambio de "derechos sociales". En ese sentido, el paso de la monarquía a la democracia liberal supuso un gran retroceso en la defensa de la propiedad privada. Como el gobierno ya no es asunto de una aristocracia y todos los ciudadanos son potencialmente gobernantes, se "reduce en consecuencia todo movimiento contestatario de protesta" (1993, p. 86).

No por casualidad, la universalización democrática de la ciudadanía coincidió con el fomento del nacionalismo, que llevaría al conflicto interestatal y por lo tanto a una expansión externa e interna del poder estatal. Sin embargo, paradójicamente, aquellos países que tienen mayor grado de libertad económica puertas adentro son los que están en mejores condiciones de afrontar la guerra hacia afuera. Los Estados de Europa Occidental y Norteamérica se habrían impuesto al resto del mundo por poseer una "tradición intelectual superior—el racionalismo Occidental—con sus ideas centrales sobre la propiedad individual y la propiedad privada" que "sentó las bases para la creación de la riqueza económica posterior". Por el contrario, los Estados poscoloniales habrían fracasado por carecer de dicha tradición intelectual, y por haberse inclinado a "adoptar las ideologías "victoriosas" del socialismo, el conservadurismo, el democratismo y el nacionalismo" que sus élites aprendieron en las Universidades occidentales (1993, p. 98).

Ahora bien, la era democrática se consolidaría con la guerra total y el triunfo de Estados Unidos en las guerras mundiales. En ese marco, más importante que la derrota de Alemania sería aquella infligida sobre Austria en 1918, dando por finalizada la era de los Imperios multinacionales a los cuales, según esta lectura, les debemos la gran

cultura del siglo XIX y, especialmente, a su capital, Viena.¹⁰ De acuerdo con Hoppe, en esto cercano a Carl Schmitt, una guerra ideológica no tardaría en convertirse en una guerra total, donde la distinción entre civiles y militares desaparece y de allí que la cantidad de civiles muertos supere a la de los combatientes. Al mismo tiempo, este sería el inicio de la era republicano-democrática comandada por la *Pax Americana*, que se consolida tras la segunda guerra mundial y el colapso de la URSS en 1991. Sin embargo, esta sería una victoria pírrica, puesto que más que el “fin de la historia” supuso una profunda crisis del sistema americano: “salarios estancados, altas tasas de desempleo, aumento de la deuda pública, sistema de seguridad social en bancarrota”. Mientras que David Harvey proponía un diagnóstico similar para llevar al “neoliberalismo a juicio”, Hoppe responsabiliza de la situación a la democracia como causa de distintos males económicos y sociales:

Menos de un siglo de democracia ha provocado una creciente degeneración moral, la desintegración familiar y social y la decadencia cultural como se observa en las altas tasas de divorcio, paternidades ilegítimas, abortos y criminalidad. Las leyes antidiscriminatorias y las políticas de inmigración igualitaristas y multiculturales han hecho que no haya ningún reducto libre de la injerencia del gobierno y de la integración forzosa. Todo eso ha agravado dramáticamente la lucha social y la hostilidad y la tensión racial, étnica y cultural. (2020a, p. 17)

Según el autor, si Estados Unidos no hubiese intervenido en la primera guerra mundial, el comunismo, el fascismo, el nazismo y la segunda guerra mundial no hubiesen tenido lugar. Tampoco habría tenido lugar en Estados Unidos y en Europa occidental la ampliación de la injerencia y el control gubernamental sobre la economía privada hasta alcanzar las magnitudes actuales. De acuerdo con esta visión, si se hubiese mantenido la integración económica internacional que prevalecía en el siglo XIX, los niveles de vida estarían actualmente mucho más desarrollados. En esa mirada, parece mucho más atractiva la era de los imperios y la Austria de los Habsburgo que la era democrática de la *pax americana*.¹¹

¹⁰ Dicho sea de paso, si para esta lectura no es casual que la vanguardia artística y cultural de ese siglo haya estado en la capital del Imperio Austrohúngaro, tampoco es casual que en Viena se haya forjado una de las versiones más radicales del neoliberalismo, en contraposición a la Escuela Histórica alemana primero y al keynesianismo más tarde.

¹¹ Del mismo modo, Milei recurre al mito de la Argentina potencia, que habría tenido lugar cuando imperaba el liberalismo económico y no existía la democracia.

Esta mirada es un tanto contraintuitiva, ya que los años más exitosos del capitalismo occidental coincidieron con un rol muy activo del Estado mediante políticas keynesianas y, en la actualidad, los países que tienen mejor calidad de vida -como Francia, Austria, Países Bajos, Bélgica, Suecia, Dinamarca, Noruega, Finlandia, etc.- no solo son democráticos, sino que tienen mayor presión fiscal como porcentaje de sus PBI. La respuesta sería que esto se da a pesar de la democracia y la fiscalidad progresiva, porque subsiste una fuerte tradición e instituciones liberales que impiden que el Estado controle todo (Karsten y Beckman, 2012)

Para Hoppe no es difícil salir del atolladero ya que enfatiza que en su teoría racionalista no se trata de descubrir nuevos hechos sino de ofrecer nuevas interpretaciones. De la interpretación depende por ejemplo saber si la elevación del nivel de vida del siglo XX se debió al aumento de los impuestos y las reglamentaciones o si tuvo lugar más bien a pesar de ello. O si la criminalidad aumentó a causa de la expansión del asistencialismo o a pesar de esto último. Hoppe señala que para poder decidir racionalmente entre interpretaciones incompatibles se necesita disponer de una teoría que pueda ser establecida a priori mediante la aprehensión intelectual de la naturaleza de las cosas, lo cual va a contramano del paradigma empírico-positivista ideológicamente dominante durante la mayor parte del siglo XX y que puede verse como el resultado de la aplicación de los principios de la democracia al ámbito científico (Hoppe, 2020a, p. 19). De hecho, la teoría de Hoppe establece a priori que la democracia es incompatible con la propiedad privada y que no hay forma de imposición equitativa pues toda imposición configura dos clases desiguales: la de los pagadores de impuestos y la de los perceptores o consumidores de impuestos.

Si para un empirista este tipo de proposiciones deben tomarse como convenciones del lenguaje carentes de contenido empírico o como meras hipótesis provisionales susceptibles de comprobación, para Hoppe estas proposiciones teóricas son afirmaciones sobre relaciones y hechos necesarios. Si bien los datos históricos pueden ilustrarlas, no pueden confirmarlas ni refutarlas. En ese marco, sostiene que todo Estado, independientemente de su constitución, es económica y éticamente deficiente. Desde la óptica de los consumidores cualquier monopolio, incluido el de las decisiones últimas, es malo, porque los precios de sus productos serán más altos y su calidad inferior. El poder impositivo sería, por lo tanto, éticamente inaceptable.

La propia teoría social demostraría la posibilidad de un orden social alternativo libre de los efectos económicos y éticos del Estado. A este sistema social libre de monopolio y la imposición lo llama "orden natural" en el que todos los recursos escasos serían de titularidad privada, las empresas dependerían de las contribuciones

voluntarias de los consumidores o donantes particulares y la entrada en cualquier sector de la producción, incluidas la justicia, la policía y los servicios de defensa sería libre. Frente a lo que percibe como un avance irrefrenable del socialismo estatista, el autor propone una sociedad sin Estado y con agencias de seguros de adhesión voluntaria proveedoras de ley y orden en régimen de libre competencia, a los que se puede arribar mediante la secesión y la privatización de todos los bienes. Esta defensa de la institución de la propiedad privada y de la familia como parte del orden natural, lo lleva, siguiendo a Rothbard, a una defensa del carácter necesariamente conservador del libertarianismo.

5. Libertarismo y conservadurismo

Uno de los capítulos más interesantes de la crítica a la democracia llevada a cabo por Hoppe es el que aborda la relación entre conservadurismo y libertarismo.¹² Según el autor, conservador no es alguien que busca mantener el estatus quo -que para Hoppe estaría signado por la democracia estatista- sino alguien que cree en la existencia de un *orden natural*, una disposición natural de los asuntos humanos que se corresponde con la naturaleza de las cosas. El conservador es alguien que “reconoce lo originario y natural en las interferencias de lo patológico y lo defiende frente a lo temporáneo y anómalo” (2020a, p. 157). Para un conservador, las familias y hogares basados en la propiedad privada y en la cooperación con los demás miembros de la comunidad constituyen las unidades sociales básicas y naturalmente originarias, y como tales, las más importantes e indispensables. Por otro lado, el hogar familiar representa también el modelo de orden social en general, pues su ordenación jerárquica se proyecta sobre la comunidad de familias ligadas por un sutil y complejo sistema de relaciones de parentesco. (Hoppe, 2020a)

Una vez afirmada su creencia en un orden natural, jerárquico y basado en la familia, Hoppe propone explicar por qué los conservadores actuales deben ser libertarios anti estatistas y los libertarios deben ser conservadores. Según el autor, “la era democrática ha transformado al conservadurismo, una fuerza originalmente antigua

12 De hecho, la Fundación libertaria de Praga que se desentendió del premio otorgado a Milei en ese país lo hizo en base al conservadurismo del argentino. Pero más allá de lo anecdótico, el liberalismo tuvo en sus orígenes una impronta progresista, lo que perdura en el uso de *liberal* en los EEUU. En el caso de los *libertarians* también surgieron en los años '60 como un movimiento fuertemente contracultural, del cual Rothbard se separa progresivamente, y acusando a los “libertarios modales” de oponerse a cualquier tipo de autoridad y de no comprender la diferencia entre una autoridad natural (como la familia o la Iglesia) y la autoridad artificial y coactiva del Estado.

libertaria, aristocrática y anti estatista, en un movimiento estatista y culturalmente conservador: el ala derecha del socialismo y la socialdemocracia" (Ibid.). Estos son conservadores que se preocupan por la disfunción de la familia y por la decadencia cultural, pero siguen siendo estatistas, al atribuir al Estado la misión restauradora.¹³ En su oposición al neoconservadurismo de Bush padre, los paleoconservadores liderados por Pat Buchanan defendían los tres puntales de esa institución: la seguridad social, la asistencia sanitaria y los subsidios de desempleo. Incluso proponían que el Estado debía proteger los empleos estadounidenses y aislar los salarios de los trabajadores de la competencia extranjera, algo retomado en parte por Trump. Desde la mirada de Hoppe, estos conservadores estatistas detestan y ridiculizan el capitalismo, el *laissez faire*, los mercados libres, la riqueza, las élites y la nobleza. En cambio, abogan por un nuevo conservadurismo populista, proletario, que amalgama el conservadurismo social y cultural con una economía socializante.

Sin embargo, a pesar de coincidir en la defensa de los valores occidentales que realizaba entonces el paleoconservadurismo y últimamente la *alt-right*, para Hoppe el conservadurismo cultural no puede combinarse con el proteccionismo o con el *welfare chauvinism*. El Estado de bienestar sería incompatible con la vuelta a la familia tradicional porque este sería la verdadera causa de las anomalías culturales y sociales. El sistema de la seguridad social, junto con el más antiguo sistema de la educación pública obligatoria, constituiría un grave ataque contra la institución de la familia y la responsabilidad personal. Dispensando a los individuos de la obligación de ocuparse de sus propios ingresos, de su salud, de su seguridad, de su vejez o de la educación de los hijos, se reduce el horizonte temporal de la provisión privada disminuyendo asimismo el valor del matrimonio, de la familia, de la descendencia y de las relaciones de parentesco. Instituciones como las jubilaciones o las ayudas a las madres solteras romperían la solidaridad intergeneracional intrafamiliar.

Según esta visión, el estatismo asistencialista alimenta la decadencia y la "degeneración moral y cultural". Por ello, "la vuelta a la normalidad exige la erradicación total del actual sistema de aseguramiento social lo que equivale a la casi completa disolución y desmantelamiento del aparato estatal y del poder del gobierno" (2020a, p. 164). Por eso los verdaderos conservadores tienen que ser libertarios anti-estatistas

13 El paleoconservador Pat Buchanan fue candidato a presidente de Estados Unidos en 1992 apoyado por Rothbard, quien por ese entonces desarrolla un programa populista de derechas para el movimiento paleolibertario. Esta alianza entre libertarios y ultraconservadores que tenían en sus filas a supremacistas blancos y hasta neonazis puede verse como un anticipo de lo que estamos presenciando actualmente con el auge de las ultraderechas a nivel global. De todos modos, al final de su vida Rothbard desiste de su alianza con Buchanan por considerarlo demasiado estatista. Hoppe aquí profundiza las diferencias entre paleolibertarios y paleoconservadores.

y “exigir la demolición de toda la estructura de la seguridad social, causa de la perversión moral y económica” (Hoppe, 2020a, Ibid.).

Para Hoppe, la relación entre libertarismo y conservadurismo es de compatibilidad praxeológica, complementariedad sociológica y mutuo reforzamiento. La mayoría de los pensadores libertarios han sido conservadores culturales. A pesar de sus diferencias de método, conservadores y libertarios están de acuerdo en algo fundamental: los conservadores están persuadidos de que lo natural y lo normal viene de antaño y está generalizado, razón por la cual puede descubrirse siempre y en todo lugar. Del mismo modo los libertarios creen que los principios de justicia son eterna y universalmente válidos, por lo que necesariamente han tenido que ser conocidos por la humanidad desde sus orígenes. Por eso, la ética libertaria sería muy antigua y conservadora. Su campo de referencia sería idéntico: familias, autoridades, comunidades y organizaciones sociales son concreciones empíreo-sociológicas de las categorías y conceptos abstractos de propiedad, producción, intercambio y contrato (Hoppe, 2020a).

En ese marco, las familias normales serían las que se ajustan al patrón de la familia patrimonial, integrada por un hombre, una mujer y sus hijos. A esta estructura, y en particular a los hombres blancos y heterosexuales, le deberíamos nuestros grandes logros civilizatorios. Ahora bien, la desintegración de la familia y el declive de la moral y la cultura que aquellos deploran sería el resultado de la erosión y destrucción de la base económica de la familia, el patrimonio familiar, por el estado de bienestar.

Por eso Hoppe lamentaba que todavía en los años 1990 la doctrina libertaria fuese en gran medida un movimiento que combinaba el antiestatismo radical y la economía de mercado con el izquierdismo cultural, la contracultura, el multiculturalismo y el hedonismo personal: una especie de capitalismo contracultural. Hoppe señalaba con amarga ironía que el movimiento que preconizó el desmantelamiento del Estado y la restauración de la propiedad privada y la economía de mercado fue acaparado por los productos mentales y emocionales del estado de bienestar: la nueva clase de los eternos adolescentes cuyo lema es “vive y deja vivir”.

Hoppe señala que el capitalismo de la propiedad privada y el multiculturalismo igua-

litario son tan poco compatibles como el socialismo y el conservadurismo cultural.¹⁴ Estos libertarios “liberlala” estarían buscando realizar una síntesis imposible, agravando así la erosión de los derechos de propiedad privada. Según Hoppe, los verdaderos libertarios no pueden avalar el multiculturalismo o la “integración forzosa”, sino que preconizan la discriminación. Por el contrario, el Estado interventor habría desprovisto al propietario del derecho de exclusión y de discriminación inherente al concepto de propiedad privada: los empresarios no pueden contratar o venderle a quien quieran; los terratenientes no pueden arrendar sus fincas a quienes quieran, etcétera.¹⁵

Para el alemán, la integración forzosa fomenta las “conductas desviadas” y las “personalidades enfermizas” además del conflicto intercultural, mientras que una sociedad que restaurase plenamente la facultad dominical de exclusión de la propiedad privada sería profundamente desigualitaria, intolerante y discriminatoria: “carteles informativos colocados a la entrada de las ciudades advertirían de los requisitos locales de admisión y de las condiciones de arraigo de modo que quien no se ajuste una de las mismas serán expulsados a patadas como invasores. De este modo, se verían reafirmadas la normalidad cultural y moral” (2020, p. 71).

Según Hoppe, para alcanzar la meta de una anarquía de la propiedad privada resulta necesaria la más estricta discriminación. De lo contrario, se degenerará rápidamente en el estado de bienestar. En ese marco, el autor señala que para proteger el valor de la propiedad se necesitan dos tipos de medidas de protección: la auto-defensa contra los invasores externos y los criminales domésticos y la expulsión de los miembros de la comunidad que hagan apología de actividades incompatibles con la finalidad esencial del pacto: la protección de la propiedad y de la familia. Dicho de otro modo, se debería evitar la doble amenaza del igualitarismo y el relativismo cultural. En ese marco, Hoppe concluye que:

14 En los años 1970 el libertarianismo estaba más difundido entre la cultura hippie, culturalmente de izquierdas, que entre los conservadores. En los años 1990 aparece ligado a movimientos antiestatistas y multiculturalistas. En la actualidad, muchos grandes empresarios del mundo digital apoyan a movimientos neorreaccionarios y populismos de derechas que son fuertemente conservadores en lo cultural y en gran medida buscan dismantelar el Estado o bien ponerlo enteramente al servicio de las multinacionales. Las simpatías oscilan así entre los regímenes autoritarios asiáticos que ponen en marcha un capitalismo sin democracia y los anarcocapitalistas como Javier Milei, que intentan utilizar a la democracia contra ella misma.

15 Un caso que ha sido analizado tanto por Wendy Brown (2019) como por Judith Butler (2024) tiene que ver con el de un panadero de Colorado que se negó a hacerle la torta de bodas a una pareja homosexual alegando que iba en contra de sus creencias religiosas. Este caso llegó a la Corte Suprema que avaló al panadero. Cfr. <https://www.infobae.com/america/eeuu/2018/06/04/la-corte-suprema-de-eeuu-avaló-al-panadero-que-se-negó-a-hacer-un-pastel-de-boda-para-una-pareja-gay/>

Los libertarios deben distinguirse de los demás practicando y defendiendo las formas más radicales de intolerancia y discriminación contra los igualitaristas, demócratas, socialistas, comunistas, multiculturalistas y ecologistas, contra las costumbres pervertidas, los comportamientos antisociales, la incompetencia, la indecencia, la vulgaridad y la obscenidad. Al igual que los verdaderos conservadores, que tendrán que apartarse del falso conservadurismo socialista, de los partidarios de Buchanan y los neoconservadores, los verdaderos libertarios tendrán que desvincularse manifiesta y ostensiblemente de los impostores del pseudolibertarismo de izquierda, multicontracultural, igualitario y contrario a todo principio de autoridad. (2020a, p. 177)

6. Libertarismo realista, o del populismo de derechas

Como hemos visto, la defensa de un “orden natural” lo lleva a Hoppe a trazar una convergencia entre libertarismo y conservadurismo, que Rothbard planteara en su tiempo como síntesis paleolibertaria. Esta síntesis supone una enemistad hacia el “marxismo cultural” pero también hacia el “libertarismo progresista” que, con sus políticas multiculturales y antidiscriminatorias, terminarían siendo funcionales al igualitarismo y al estatismo.

Si Rothbard planteó un acercamiento con los paleoconservadores a comienzos de los 90, Hoppe mantendrá un diálogo cercano con la *alt right*, que vendría a complementar una teoría sin sociología -la libertaria- con una sociología sin teoría -la de la derecha alternativa-. De todos modos, como vimos, Hoppe rechaza el etnonacionalismo blanco y el chauvinismo del bienestar, puesto que busca demoler el Estado.

En ese marco, siguiendo muy de cerca lo planteado por Rothbard en el año 1992, Hoppe afirma la necesidad de una estrategia populista de derechas para hacer avanzar la agenda libertaria. En ese sentido, señala que, a diferencia de lo que pensaba Hayek, “los libertarios deben eludir a las élites intelectuales dominantes y dirigirse a las masas directamente para despertar su indignación y desprecio hacia las élites gobernantes”. La alianza con la *alt right* es útil a este respecto, pero, a diferencia de esta, Hoppe no cree que las decisiones estratégicas se puedan basar en la apelación a la “blancura” puesto que, después de todo, “son los hombres blancos los que conforman la elite gobernante y los que nos han impuesto el desastre actual” (2018, p. 47).

En ese marco, emulando a Rothbard, Hoppe traza un programa de diez pasos de “una estrategia popular para el cambio libertario”, consistente en: 1) detener la inmigración masiva: que la inmigración sea solo por invitación y que no represente una carga pública; 2) “Dejar de atacar, matar y bombardear a personas en países extranjeros”, es decir, una política aislacionista, no intervencionista y una retirada de todos los organismos internacionales. 3) “Dejar de financiar a las élites gobernantes y sus guardaespaldas intelectuales”, instando a que se reduzcan y desaparezcan todos los impuestos; 4) Eliminar los bancos centrales, que creando dinero de la nada, destruyen el ahorro y redistribuyen la riqueza, además de generar deuda pública y financiar guerras, y volver al dinero metálico; 5) Abolir leyes y regulaciones de acción afirmativa y antidiscriminatorias que llevarían a la “integración forzada”. “Cierre de todos los departamentos universitarios de Estudios de Negros, Latinos, Mujeres, Género, Homosexualidad, etc., que sean incompatibles con la ciencia y rechazar sus facultades como impostores intelectuales o canallas [...] Además, exigir que todos los comisarios de acción afirmativa, diversidad y recursos humanos, desde universidades hasta escuelas y jardines de infancia, sean expulsados y se vean obligados a aprender algún oficio útil”. 6) Aplastar a la mafia “antifascista”; 7) Aplastar a los criminales y las bandas y permitir la libre portación de armas para los ciudadanos honrados; 8) Deshacerse de todos los “parásitos” y “vagos” de la asistencia social: “que se tenga en cuenta la exhortación bíblica de que el que puede, pero no trabaja, tampoco debe comer, y que el que realmente no pueda trabajar, debido a deficiencias mentales o físicas severas, será atendido por la familia, la comunidad y la caridad voluntaria”; 9) Eliminar la educación pública, es decir, el adoctrinamiento en las ideas de izquierda y de la corrección política e ir hacia un sistema de “educación descentralizada que refleje la variación natural, la multiplicidad y la diversidad de los talentos e intereses humanos”; 10) No confiar en la política ni en los partidos políticos.

Como vemos, este programa podría ser suscrito casi en su totalidad por Javier Milei, no solo por sus contenidos sino también por sus formas. En los últimos 40 años, estas posiciones libertarias se han decantado por posiciones ultraconservadoras a la vez que apelan al populismo de derechas -que opone el pueblo “puro” a las élites corrompidas que defienden a quienes no lo merecen- y a la “incorrección política” como estrategia política para avanzar posiciones.

En la actualidad, esta interpelación resulta cada vez más exitosa. La batalla cultural de estas derechas paleolibertarias, que denuncian una supuesta hegemonía de izquierda que habría que contrarrestar para recuperar la “libertad” y la “normalidad”, está dando sus frutos, y Hoppe es un actor central en dicha escena. En ese sentido,

conocer su pensamiento nos acerca a una comprensión de algunas de las corrientes de ideas más influyentes en nuestra actualidad política.

Bibliografía

Glenn, D. 2005. 'Professor Who Was Accused of Making Derogatory Remarks in Class Wants UNLV to Clear His Record'. *The Chronicle of Higher Education*, February 14, 2005. <https://www.chronicle.com/article/professor-who-was-accused-of-making-derogatory-remarks-in-class-wants-unlv-to-clear-his-record/>

Hoppe, H. 1993. *Economía y ética de la propiedad privada*. Auburn: Mises Hispano.

Hoppe, H. 2012. *La gran ficción*. Baltimore: Laissez Faire Books.

Hoppe, H. 2003. *The myth of national defense: Essays on the theory and history of security production*. Auburn: Mises Institute.

Hoppe, H. 2016. "La ética de la argumentación." Charla de presentación de Hoppe en la undécima reunión anual de la *Property and Freedom Society* en Bodrum, Turquía.

Hoppe, H. 2018. *Entendiendo correctamente el libertarismo*. Auburn: Mises. <https://mises.org/es/entendiendo-correctamente-el-libertarismo>

Hoppe, H. 2009. *Libertad o Socialismo*. Universidad San Francisco de Quito: Quito.

Hoppe, H. 2020a. *Monarquía, democracia y orden natural: Una visión austriaca de la era americana* (Cuarta edición). Anarkhos.

Hoppe, H. 2020b. "Hans-Hermann Hoppe: The In-Depth Interview" *The Austrian* 6, no. 2 (March–April 2020): 4–13

Mises, L. 1980. *La acción humana*. Madrid: Unión.

Vernaglione, P. 2009. "Hans-Hermann Hoppe" *Rothbardiana*, <https://www.rothbard.it/autori-libertari/hoppe.pdf>, 31 luglio 2009.

Saidel, Matías L. (2024). "Hans-Hermann Hoppe: el paleolibertarismo contra el estado y la democracia", en *Los olvidados. El pensamiento político contemporáneo en los bordes del canon*, compilado por Mariana Berdondini y Gastón Souroujon. UNR Editora, Rosario. Páginas 398-418.

ISBN 978-987-702-686-3

LOS OLVIDADOS

EL PENSAMIENTO POLÍTICO CONTEMPORÁNEO EN LOS BORDES DEL CANON

Mariana Berdondini y Gastón Souroujon
COMPILADORES



ISBN 978-987-702-686-3

